
LOS DOS COLOSOS DE LA POLITICA

2a. Parte

Hernando Gaitán Linares

En una rápida visión —por demás restringida— y sin que los medios y recursos ideados para garantizar la seguridad tengan relación muy directa con la confrontación política entre capitalismo y comunismo, se han incorporado a este ensayo para apreciar que la ilusión de la seguridad ha sido factor casi siempre decisivo para quebrantar la capacidad militar y el espíritu combativo, en razón de abandonar la iniciativa del ataque y situarse en el plano defensivo, que quebranta el espíritu bélico, cediendo así la iniciativa al adversario.

La gran muralla China

Construimos la Gran Muralla con nuestra carne y nuestra sangre.
(Del himno nacional chino).

En el año 221 —antes de nuestra era— ascendió al trono de la China Shi-Huan-ti, que en su idioma equivale “al primer emperador”. Este gobernante reinó 12 años, del 221 al 209, mereciendo el título de “Napoleón Chino” por ser un gran organizador y por su espíritu conquistador, pese a ser también un autócrata y un megalómano. Las gentes de su pueblo le denominaron “la bestia salvaje del poniente”. Ante la constante amenaza de las hordas invasoras —mogolas y tártaras concibió la idea de erigir a lo largo de la frontera del país una muralla de enormes proporciones, que cubriría al finalizar los trabajos una extensión aproximada de 2.500 kilómetros, equivalentes a 10.000 Li, si se tiene en cuenta que el Li equivale a 644-4 metros. Para garantizar más este gigantesco baluarte, está

rematado con torres de dos pisos, atalayas y dispositivos aptos para encender hogueras de señales. En la mayoría de sus puntos tiene una altura de 16 metros, tanto en el llano como en los lugares donde la cordillera está cortada por pasos. El parapeto tiene una longitud igual a la extensión total. El espesor varía entre cinco y ocho metros. Posee troneras abiertas hacia el norte. En la superestructura se emplearon además de bloques de piedra, ladrillos, mientras el interior estaba lleno de tierra con guijarros.

El emperador se imaginaba que este baluarte superaría el miedo secular que sentían los chinos por las incursiones bárbaras, en procura de las riquezas del gran imperio. Fue tal su imponencia que las gentes de su tiempo le denominaron Chang Cheng o la Gran Muralla, nombre con que pasaría a la posteridad.

Por millares los chinos participaron en su erección y sus muchos muertos constituirían parte de los cimientos destinados a durar por toda la eternidad. Una canción de dolor pone estas palabras en boca de una mujer: "Nació una nueva primavera, vistosas linternas en las puertas... Más en mi casa reina la tristeza, mi esposo trabaja en la Gran Muralla".

Con la proverbial exactitud y laconismo de los chinos, el historiador Wuli-lun, de la provincia de Yang-Chuan, consignó: "La erección de la larga muralla ordenada por Shi-Huan-Ti ha sido la causa de la muerte de muchos".

El emperador pasó a la otra vida asesinado, mientras que el arquitecto Mung-Tien fue encarcelado y condenado a muerte bajo la imputación de haber "seccionado el pulso de la tierra al edificar la muralla". Así se lo comunicó el emisario del nuevo emperador, advirtiéndole que debía purgar su delito por haber seccionado algún pulso de la tierra en algún tramo de los 10.000 Li.

La construcción de la gran empresa duró unos ocho años y por algún tiempo los chinos creyeron sentirse seguros detrás de Chang Cheng. Pero su ilusión se desvaneció algunos siglos después, y a este propósito la crónica mogólica, "Manghol Un Niuca Tobcaán, encontrada en el Siglo XIII de nuestra era, en una isla del río Kelerum, trata de la batalla decisiva que precedió a la toma del baluarte": Entonces, el año del Cordero 1211, Gengis Khan se lanzó contra el pueblo Kitan. Tomó Fu-je, cruzó el puerto del Zorro, apoderóse de Süandei-fu y despachó a Jebe y a Guigunek hacia delante, en calidad de vanguardia. Cuando éstos llegaron

a Cabcigal, se encontraron con que el paso estaba defendido. Dijo entonces Jebe: los sacaré de ahí con un ardid y los pondré en movimiento, para que salgan y pueda presentarles batalla. Y ordenó la retirada. Al verse así libres del enemigo, el ejército de los Kitan (chinos) salió de sus posiciones con propósito de lanzarse en su persecución hasta que el río y la montaña quedasen obstruidos. Pero Jebe realizó un cambio de frente al llegar al promontorio de Süan-dei-fu y, pasando al ataque, derrotó al adversario que se acercaba en larga fila desplegada. Gengis Khan, que se hallaba a poca distancia con el grueso del ejército, obligó a retroceder a los Kitan y, venciendo a la flor y nata de Jugin, los negros Kitan y los Juren, los acuchilló de tal modo que sus cuerpos cubrieron el suelo hasta Cabcigal, cual árboles derribados. Dueño Jebe del collado de Cabcigal, conquistó los pasos ...”.

La soberanía mogol no duró más que 90 años, hasta cuando fueron expulsados por el general chino Chu-Yüan-Chang. Pero las desventuras de la recia fortaleza no terminarían con la proeza de Gengis Khan. Hacia 1618 un joven pueblo mogol procedente de la estepa siberiana, de las orillas del Amur, los mac-chous o manchús se lanzaron sobre la China en son de conquista. En una fantástica campaña victoriosa, que se conoce por los anales de la caballería mogol, barrieron cuanto hallaron a su paso, avanzando en dirección sur hasta Pekin, a través del territorio de Mukden. Irrumpieron en Liautung y en espacio de cinco años se adueñaron de la totalidad de la península. Ni siquiera el coloso de piedra significó un obstáculo para ellos. La crónica no dice cuándo y en qué punto cruzaron la muralla. Pero ya en 1644 se encontraban delante de la capital, que tomaron por asalto.

Desde hace más de trescientos años la Gran Muralla carece de todo valor práctico y sólo los turistas y científicos se interesan por ella. Pero luego ha surgido una nueva muralla: “la Cortina de Bambú”.

Los limes o murallas romanas

Superior a todo el mundo (Divisa de un gran rey - Luis XIV)

Bajo el reinado del emperador Augusto, en aquella época en que Jesús de Nazaret enseñó y padeció en nombre de la verdad —el amor y la fraternidad— Roma, la señora del mundo, era dueña de casi todo el orbe conocido. Pero ya por aquellos días, en que aún las riquezas y los despojos de los vencidos afluían de todos los confines, ese algo que se aprecia siempre al culminar toda civilización y llegar a lo que se ha convenido en denominar el apogeo, insinuaba que los días de gloria habrían de esfumarse

para siempre. La culminación de la grandeza imperial acusaba síntomas inequívocos de una mortal decadencia de los grandes valores en que se fincó el poder inconmensurable de las nobles virtudes que otorgaron magnificencia a la egregia ciudad. La dignidad y la austeridad que caracterizaron la vida de la sociedad romana y de sus instituciones, habían cedido el paso al refinamiento oriental, a la concupiscencia y al libertinaje. Las férreas legiones nutridas del fervoroso amor patrio que encarnaba esa clase campesina que paseó las águilas del triunfo por todos los caminos del mundo, había sido reemplazada por mercenarios a sueldo y por los bárbaros que habían adquirido la ciudadanía romana. A la república —plena de virtudes— la sucedió la fastuosidad y la suntuosidad imperiales. La ciudad que dictó leyes al mundo de entonces y al de siempre, se confundió con el abigarrado conjunto de todas las regiones que concretaron el estado. La nueva sociedad, ávida de placeres y espectáculos se apretujaba en la promiscuidad de las viviendas. Para acallar a la turbamulta, los césares mantuvieron siempre abiertos al público los espectáculos de circo donde se gladiaba, se sacrificaba a los cristianos y corrían vertiginosas las cuadrigas. La pugna entre patricios y plebeyos tornó caótica la vida ciudadana.

En este mundo ingobernable, a los gloriosos césares sucedieron los tiranos de la decadencia en cuyas ineptas manos se resquebrajaron las fronteras y se introdujeron los invasores ante la impotencia de las guarniciones.

Tácito, que analizó el proceso de descomposición porque atravesaba el imperio, lo definió con la propiedad que acompañó su literatura histórica: “En verdad dimos un hermoso ejemplo de servilismo... hasta la memoria habríamos perdido con la palabra si hubiese estado en nuestro poder olvidar como lo estaba el callar. Al fin sobreviene una especie de dulzura de la inacción y se acaba amando la odiada abulia”.

Presa de relajamiento, la otrora enhiesta ciudad de Roma, halló dos fórmulas adecuadas para contrarrestar el desastre: el soborno a los invasores y las fortificaciones, para luchar a la defensiva contra los bárbaros, que después de muchas derrotas aprendieron a combatir a la romana y emplear el arma contundente de la caballería de la que fueron poco amigos los ejércitos imperiales en el transcurso de su carrera militar. Una vez ensayado el soborno, sin mayores resultados se aplicó la idea de “Los Limes”. Era una teoría muy ambiciosa, pues en el fondo se trataba nada menos que de levantar una muralla que rodeara la totalidad del mundo civilizado de la época. Este proyecto,

gigantesco y engañoso, a la vez que puede parecer una quimera de la febril imaginación del César, se llevó sin embargo a la práctica, variando de un lugar a otro, adaptándolo a las exigencias locales. En ciertos lugares la línea rígida fue reemplazada por una serie o cadena de guarniciones y bases militares amparadas por castillos, unidos entre sí por una carretera militar fortificada. Cuando este sistema no logró mantener a raya a los nómades depredadores, un general romano aplicó una idea en extremo original, tal vez única en la historia castrense, al convertir la zona fronteriza en territorio infranqueable, tanto para los invasores como para sus defensores; ella consistió, en Palestina y Arabia, en parejas de leones capturados en África, que merodeaban sueltos en los limes interiores y que sembraron el terror en los depredadores.

El emplazamiento de la muralla fronteriza respondía perfectamente a las exigencias de fines del siglo primero. No obstante, como tantos otros baluartes, en su eficiencia estaba el germen de su ruina, pues el hecho de que gracias a él dominaban a lo largo de la frontera esas condiciones estacionarias hacían que constituyeran un peligro mortal, pues los invasores se establecían en las inmediaciones de los puestos avanzados y se familiarizaban inevitablemente con el arte de la guerra romano, muy superior al suyo. Así el "limes" condujo a la situación que habría debido evitar: en vez de mantener al enemigo alejado de las fronteras, fue preciso en cierto modo sobornarlo para que no turbase la paz a lo largo de las mismas. En ciertas regiones hubo necesidad de recurrir a prisioneros y hombres reclutados procedentes de todos los rincones del inmenso imperio.

La vida de los legionarios estacionados en los "limes" nunca fue monótona pues Roma se preocupó por procurarles seguridad, comodidad y distracciones en esa especie de cautiverio que implicaba su permanencia tras los recintos fortificados. Fuera de las fortalezas se instalaban termas que podrían equipararse con los baños construidos para uso de los soldados de hoy. Para que no carecieran de agua potable el doble foso que rodeaba los 30.000 metros cuadrados de la fortaleza permanecía seco para que no contaminara la cisterna de 37 metros de profundidad que los proveía del líquido necesario. Además de vestuarios y arsenales, había cuatro grandes patios abiertos para las catapultas, que únicamente en caso de necesidad eran montadas en los bastiones de piedra. Las atalayas tenían una altura de 7 metros y los muros excedían de cuatro. La caja del regimiento se hallaba en el sótano debajo del cuerpo principal del edificio. La soldada era considerable hasta sobrepasar sus necesidades. Para los

soldados casados se había erigido siempre un pueblo de guarnición en la parte este, a pocos centenares de metros del castillo.

El imperio romano, en su política defensiva se había atrincherado sólidamente. Por un tiempo considerable los ciudadanos romanos abrigaban la esperanza de haber desterrado de su sueño tranquilo las pesadillas de las invasiones bárbaras. Pero su confianza se vio defraudada cuando en el año 166 se puso en movimiento la primera de las impetuosas oleadas de las grandes migraciones. Una alianza pactada entre los enérgicos germanos, que aparecieron en el escenario de historia, los belicosos sajones, los franconianos y los catos, ideada para lanzarse al asalto de los "limes" con un ejército disciplinado y unido. "Los bárbaros, impulsados por un denuedo irrefrenable, avanzaron como las llamas devastadoras, poseídos de furia salvaje tratando de romper el frente unido, que, a manera de tortuga les opusieron los romanos". La primera embestida fracasó y el baluarte se mantuvo firme. Pero como los atacantes habían aprendido a calibrar las fuerzas y las flaquezas de la defensa, sin dar tregua a los defensores reanudaron sus asaltos conducidos por la flor de su nobleza que se sacrificó para dar ejemplo a la masa que por fin logró irrumpir pese al esfuerzo titánico de los legionarios. Su furiosa ofensiva los llevó hasta Milán y Rávena, dando en tierra con fortalezas y saqueando muchas ciudades.

En los demás frentes, no obstante su obstinada resistencia, ya en el año 260 todos los castillos de los "limes" habían sido destruidos o entregados por los romanos. Por todas partes irrumpieron los pueblos que ansiaban destruir a Roma y establecerse sobre sus humeantes regiones. Tal fue el fin de la gran muralla de los césares.

Troya, la de los días pretéritos

"Canta ¡oh Musa! la ira de Aquiles, hijo de Peleo"...

Así comienza la inmortal *Iliada* que en 24 cantos relata la defensa de Troya (Ilión), que durante diez años contuvo el asedio de los griegos, hasta que al fin "fueron vencidos y humillados por las astucias y las malas artes del perjurio Sirón". Con vigor, colorido y rara belleza desfilan por sus páginas hombres y mujeres, dioses y héroes, en una epopeya nunca antes soñada, y hecha para ser cantada en las cortes de reyes y príncipes, que en el aquel entonces amaban lo bello y lo sobrenatural. A diferencia de otras joyas, como la Biblia y Gilgamesch, tradiciones de

origen anónimo, ostenta el nombre de su autor: Homero. Siete ciudades de la antigüedad se disputaron el honor de haber sido la patria de este genio sin igual, probablemente ciego, pues los elementos de su nombre en el dialecto jónico del griego antiguo-ho-me-ros, significarían el que no ve. Vivió y anduvo los caminos, con su vara de puño y contera, relatando ante sus oyentes la gloria de los héroes y la belleza de sus mujeres, dignas del amor de los dioses, que se confundían entonces con los mortales.

Como los milenios fueron cubriendo los escombros de las nueve ciudades que se alzaron unas sobre otras, víctimas de la guerra y el fuego, que se encarnizaron sobre este punto clave para alcanzar el Helesponto y acrecentar el pequeño mundo de los griegos, Ilión, para muchas generaciones humanas se fue convirtiendo en un mito, en una gloriosa leyenda, imaginada por un ciego genial.

Pero la inquietud, ese patrimonio que ha acompañado siempre a los humanos que han realizado los descubrimientos, impulsó a un hombre nacido en Mecklemburgo en 1822, Enrique Schliemann, infatigable lector de la *Iliada*, a partir en busca de la ciudad perdida.

En 1877, este hombre que no era arqueólogo, ni poseía experiencias en la remoción de ruinas y escombros, llegó al Asia Menor, armado de su dinamismo y de sus millones, pues era rico, gracias a sus habilidades de comerciante. Le acompañaba su esposa griega Sofía y sus dos hijos Andrómaca y Agamenón y el ejemplar de la *Iliada*, que habría de ser su valioso elemento de consulta. No haciendo caso de que los eruditos habían buscado. La antigua Troya en una montaña abrupta, más arriba del pueblo de Bunarbaschi, el improvisado arqueólogo inspeccionó más cerca de la costa, a tres horas de camino de aquel pueblo. En su autobiografía pinta de manera plástica la impresión que la vista le produjo: "En cuanto se pone el pie en la llanura troyana, inmediatamente queda uno pasmado ante el panorama de la hermosa colina de Hissarlik, que diríase destinada por la naturaleza para servir de asiento a una gran ciudad y su ciudadela. En realidad aquella posición, bien fortificada, podría dominar toda la llanura de Troya ... Si jamás existió Troya —y yo no tengo la menor duda de ello— sólo allí pudo levantarse".

Sus palabras fueron corroboradas por la experiencia. Cuando por primera vez hundió la pala en el cerro, casi inmediatamente dio con los restos de una ciudad prehistórica. Fue con legítimo

orgullo que anunció entonces que había descubierto la fortaleza de la antigua Troya y que Homero no había sido un autor de leyendas sino el primer cronista de guerra de la antigüedad.

Así como los anillos de un árbol reproducen su edad y su historia, así también los sucesivos pisos de nueve ciudades de Hissarlik cuentan la sorprendente crónica de una ciudad cuyo emplazamiento impulsó siempre a los hombres a establecerse en aquel lugar. En efecto, ya en el quinto milenio anterior a nuestra era, según comprobaciones irrefutables, un grupo de agricultores y pescadores de la Edad de Piedra estableció allí su residencia. Emplazada cerca del Mediterráneo oriental como del Helesponto de ayer, hoy los Dardanelos, en la feraz llanura que limitan los ríos Escamandro y Simois, protegida por la masa montañosa de Ida y Samotracia, aquella colina estaba llamada a ser un centro del mundo clásico.

Los troyanos, ya podemos designarlos así, confiaban en su colina firmemente amurallada, que les ofrecía espléndidas posibilidades de defensa. Una y otra vez, a partir de entonces, trataron de asegurar su creciente opulencia y los tesoros acumulados, acudiendo a obras de fortificaciones. Pero la fatalidad, el destino inexorable, la "moira" griega, los hacían gozar de un nuevo auge hasta cuando llegaba su ocaso. Una muralla nueva, siempre más poderosa se alzaba, con la nueva ciudad sobre los cimientos de las otras.

Los sucesivos habitantes de las nuevas Troyas no achacaron las catástrofes pretéritas sino a las proporciones de sus baluartes, y por ello los iban alzando más poderosos y en su imaginación, inexpugnables. Y como al profano poco le interesan seguramente las primeras experiencias, basta seguir a través de los escombros y trozos de alfarería, el eterno círculo en que gira la rueda de la historia.

Parece que los primeros, los hombres del neolítico, eligieron la cumbre de Ilión por residencia y vivieron allí como en una especie de alquería y otras chozas por el estilo, pero, siempre bajo el influjo del miedo, se protegieron con un muro. Vale mucho más comentar sobre la fortaleza de la segunda capa, que puede considerarse como la fortificación más antigua del mundo occidental. Guillermo Dörpfeld, amigo y colaborador de Schliemann, describe así el castillo primitivo: "... un muro de ladrillos de adobe que, construido sobre unos fuertes cimientos de piedra en acusada pendiente, rodeó la colina por todas partes. En el lado sur, y tal vez también en los demás, había a distancias de diez, en diez metros, torres de tres de anchura y dos de profundidad,

construidos de ladrillo sobre base de piedra. Al oeste y al sur sobresalen dos poderosas torres que avanzan hasta ocho y doce metros, respectivamente, de la línea del muro y tienen en su parte anterior las puertas principales de la fortaleza, mientras en las fachadas laterales no hay ninguna poterna”.

Así, a medida que avanzaron los siglos y a medida que aumentó la riqueza, los troyanos fueron reforzando su baluarte. Pero, pese a sus previsiones, la Troya II fue pasto de las llamas. En el curso de los quinientos años siguientes, a raíz de la catástrofe ocurrida, en que toda la montaña era un gran montón de escombros del que sólo sobresalían los gruesos muros del castillo, la sufrida ciudad fue reconstruida otras tres veces, y otras tantas destruida. A este propósito Dorpfeld nuevamente comenta: “Es un tanto inexplicable que cualquiera que hubiesen sido las circunstancias que determinaron abandonar el lugar para trasladarse a otro que ofreciera mejores condiciones, hubiesen quedado olvidadas en los sótanos las ricas hachas y los tesoros consistentes en basijas de oro y plata...”.

Tanto Schliemann como sus colaboradores supusieron que la Troya VI era la homérica, la fortaleza del rey Príamo y sus hijos Héctor y Paris; más exploradores modernos —arqueólogos franceses y especialistas estadounidenses de la Universidad de Cincinnati— sostienen que ella fue sólo la base del castillo de Príamo y que sobre sus ruinas se habría erigido la fortaleza tan gloriosamente defendida por Héctor y Eneas.

Por diez años se prolongó el asedio de los griegos contra Ilión y fue tan obstinada la resistencia, que desanimados se disponían a retirarse sin haber logrado su objetivo, cuando gracias al sagaz Ulises apelaron a construir un caballo de madera dentro del cual instalaron varios guerreros y lo dejaron abandonado en la playa al regresar a sus naves. Es bien sabido que aquellos, una vez que los troyanos lo introdujeron en su ciudad como trofeo de guerra y de victoria, abrieron las puertas de la ciudad a sus compañeros que cayeron sobre los desprevenidos troyanos, sellando así el destino de la imponente ciudad. El incendio fue horrible; sus huellas están bien marcadas aún hoy. Sobre las ruinas unos colonos griegos del Siglo V antes de nuestra era fundaron una nueva ciudad que pasó por varias alternativas, hasta que empobrecida siguió viviendo sólo de los recuerdos y sueños de un glorioso pasado.

La ciudadela de las cumbres andinas

Entre las innumerables y legendarias fortalezas que han existido son más bien pocas las que han merecido mención histórica

e inquietado a los investigadores y gentes del común. Una de las que ha destacado y sigue cautivando la inquietud de todos los amigos de lo singular y extraño, se alza enigmática y aún en la penumbra de un pasado, objeto de controversias y suposiciones, que no han logrado desvelar la serie de interrogantes de que se han urdido de generación en generación, a propósito de la época y de los medios de que se valieron sus constructores para erigir en un lugar tan abrupto una mole tan gigantesca, sin disponer de los recursos indispensables para acometer tamaña y maravillosa ejecutoria.

Esta realización portentosa se alza sobre una meseta de la cordillera andina, alejada inmensamente, en todos los puntos cardinales, de cualquier otro centro de civilización. "Hacia norte y sur se extiende la dentada cadena de los Andes con sus nieves eternas; hacia el este está la región de la selva virgen del Amazonas, casi inexplorada, y por el oeste se precipita la cordillera a la costa del Pacífico meridional".

Sacsayhuaman, así se llama este baluarte de único y singular atractivo. Tanto su edad, su situación, construcción, dimensiones e importancia histórica son los factores que permiten calibrar fortificaciones como la Muralla China y los "limes" romanos, objeto de nuestra anterior apreciación; pero el coloso andino está aún en la penumbra del misterio. Todo lo dicho hasta el momento, puede estimarse un tanto especulativo.

Sacsayhuaman o "Nido de Halcones", vocablo de la lengua indígena quechua, se halla en la cresta de una cadena de colinas que domina el acceso a Cuzco por el norte, a 4.000 metros de altitud. Sobre este sin igual coloso el inca Garcilaso, el primer historiador de la América meridional, se expresó en estos términos: "Sacsayhuaman supera las siete maravillas del mundo de los antiguos. Se puede probar perfectamente cómo surgieron las pirámides, el coloso de Rodas, los jardines colgantes del Semíramis. En cambio en Sacsayhuaman todo es misterio".

A su turno, el investigador moderno Sigfried Huber, se expresó en los siguientes términos: "Realmente no hay posibilidad de responder a la pregunta relativa a los medios técnicos de que se echó mano para mover, elaborar y levantar los bloques de muchas toneladas de peso; ni a la que se refiere a los arquitectos, a la época en que se construyó el fuerte, a los pueblos que dominaron en él, ni, finalmente, a su objetivo inmediato. ¿Qué raza soberana consideró necesario tan formidable castillo para asegurar su imperio sobre pueblos indígenas sometidos?".

Se considera "ciclópeos" a esos monumentos megalíticos, hechos de enormes bloques de piedra, porque los antiguos griegos los achacaron a los Cíclopes, gigantes de un único ojo de su mitología. Se ha dicho también que este coloso es la "Corona de las creaciones megalíticas".

El mismo Sigfried Huber, fascinado por lo que tenía ante sí, agregó además: "Esta es Sacsayhuaman! Como pigneos nos sentimos aquí, a la sombra de estos muros de bloques gigantescos amontonados en deliberada irregularidad. Elévase la fortaleza en tres murallas de piedras superpuestas de pujanza nunca vista, subiendo en forma de terrazas hasta alcanzar dimensiones realmente desmesuradas. Diríase que los titanes, en un alarde de furor, hubiesen colocado bloque sobre bloque, soldándolos en forma de sierra. Uno recuerda las palabras del Génesis: "Pero en aquellos tiempos vivían gigantes sobre la tierra" Sillares de granito, el mayor de los cuales mide 6 metros de alto por 3 de ancho, se amoldan y se adaptan con tal precisión, sin mortero de ninguna clase, que no parecen fruto de la técnica humana, sino surgidos del suelo por uno de esos raros caprichos de la naturaleza. Es la obra megalítica más imponente de la tierra".

Del lado de la ciudad de Cuzco la fortaleza se alza sobre una peña abrupta y saliente, por lo que un único muro de circunvalación de varios centenares de metros de longitud parece suficiente como obra defensiva. Del lado opuesto el terreno desciende en pendiente menor. Allí levantaron un triple cinturón de murallas, cada una más alta que la precedente, siendo la más interior la más elevada. El conjunto del cinturón mide casi tres kilómetros. En el interior de la fortaleza hay tres torres gigantescas, de hasta cinco pies de altura, dos de ellas rectangulares y una circular. Los cimientos subterráneos estaban hasta hace muy poco tiempo sin explorar del todo. Las piedras empleadas son tan grandes, que nadie, al contemplarlas, comprende cómo manos humanas pudieron transportarlas hasta allí. Pero la paciente investigación del explorador francés Bertrand Flornoy, permitió por fin, conocer al menos algunas particularidades del sistema de trabajo de los aborígenes, acorde con su descripción de arrebatada elocuencia: "Millares de hombres trabajaban en medio del polvo de color ocre, irisado bajo los rayos del sol; transportaban piedras pero algunas de éstas eran más altas que sus propias chozas: 3 metros, con un peso de 2.5 ó 10 toneladas... Por rampas artificiales de suave pendiente hechas de tierra, brigadas de 100 hombres, provistas de cuerdas de pita, elevaban los bloques toscamente tallados. El punto más alto de la rampa llegaba a la

parte superior de un muro en construcción. Cuando ya la piedra había sido levantada, un capataz determinaba su emplazamiento y mandaba pulir las irregularidades, con objeto de poderlas adaptar exactamente al bloque vecino. Luego, sirviéndose de gigantescas palancas de madera, se elevaba el bloque, entrando en acción innúmeros brazos y espaldas, con todas sus fuerzas y toda su desesperación. Si se daba el caso de que cedieran las sogas hechas de fibras vegetales que sostenían la parte alta de la piedra, alguien moría aplastado”.

Tanto Flornoy como Huber hablan de los bloques erráticos que yacen desparramados en el largo camino que media entre las canteras y la fortaleza, testimonios mudos de la falla de las humanas fuerzas. A pesar de muchos e inútiles esfuerzos perdidos en el largo período de la construcción, llegó el día en que Sacsayhuaman fue realidad, probablemente en el Siglo XV cuando el Imperio Inca había alcanzado el apogeo de su poder.

Conocidas, hasta donde ha sido posible, las particularidades y las especificaciones de la fortaleza incaica y la confianza que inspiró a sus constructores la seguridad del imperio, corresponde incluir a partir de 1530 la historia, bien conocida por cierto, del fracaso de sus esperanzas frente a los invasores que acometieron la empresa de franquear los reductos que les cerraban el paso para apoderarse del oro acumulado por los incas y barrer para siempre una cultura que legó al mundo del futuro una organización estatal y una concepción política que lograron implantar el orden y la disciplina, así como un ejemplarizante sistema económico sobre una extensa zona que se extendió por la región andina desde el sur de la actual Colombia hasta abarcar también en su totalidad la región norte de Chile y Argentina. Todo este gigantesco imperio fue conquistado como por milagro por el español Francisco Pizarro al frente de un ejército compuesto de 110 soldados de infantería y 67 de caballería.

Este audaz conquistador había hecho sus primeras armas en los famosos tercios de Italia, en aquella época gloriosa en que los españoles dieron al mundo un “Siglo de Oro” e hicieron nacer el dicho popular de que “cuando se mueve España tiembla el mundo”.

Animado Pizarro de ese espíritu español, prescindió de considerar la superioridad numérica del adversario. Audazmente acometió a Atahualpa, quien rodeado de su séquito y de sus innúmeras huestes, a quienes paralizó el pasmo y la sorpresa al ver su soberano en manos del español, fueron fácil presa de la furiosa

acometida de aquel puñado de infantes y jinetes. La noticia de la captura del rey paralizó el espíritu de resistencia del ejército incaico. Tratábase ahora de terminar la obra de la conquista. La hueste de Pizarro, ante una débil resistencia, se abrió el camino de la capital, que fue tomada sin resistencia apreciable. El hermano del caído gobernante, Huascar, se sometió sin vacilar a los vencedores, que mediante algunos refuerzos recibidos habían alcanzado ya la cifra de 450 hombres. El victorioso Pizarro al frente de su hueste entró en triunfo a la ciudad de Cuzco, lo que equivalió de hecho al desmoronamiento del imperio, tan poderoso hacía unos cuantos meses.

Como siempre, la crueldad de los conquistadores —ávidos del oro y las riquezas— sacrificaron al vencido monarca, como habría de hacerlo también Hernán Cortés con los valientes y humillados mejicanos.

Felices los españoles —con la victoria alcanzada— casi sin lucha, se revolían como ebrios en el cuantioso tesoro que arrancaron de manos de los incas. No dicen los cronistas e historiadores. Si se dignaron dirigir una mirada a Sacsayhuaman, que se alzaba soberbio sobre sus cabezas, petreo, blanco y amenazador.

Los incas se habían sometido aparentemente, para aguardar y esperar, y así poder observar a los españoles, cuyo escaso número y correlativamente su debilidad, conocían plenamente. Habían perdido el terror supersticioso que en un principio les inspiraron los extranjeros; ya no los consideraban dioses blancos ni se amedrentaban ante los caballos y los arcabuces. El nuevo inca, Manco y sus generales, habían presenciado cómo, tras un simulacro de proceso judicial, el rey Atahualpa había sido estrangulado y el general Chalicuchima condenado a morir en la hoguera. Sus corazones, presa de un odio inexorable, los incitó a promover un alzamiento en masa.

El primer acto de los ejércitos sublevados fue la ocupación de la fortaleza de Sacsayhuaman, lo que hizo comprender a los españoles que sus vidas y el resultado de toda la campaña dependían de la recuperación del formidable castillo, porque a sus espaldas no quedaba ningún camino abierto y enfrente se levantaba la fortificación megalítica más imponente de la tierra, ocupada por enemigos dispuestos a morir. Ante el grave dilema no quedaba a su disposición otro recurso que el más antiguo y positivo: ¡el asalto!. Y a él se lanzaron los españoles con su proverbial grito de combate: "Santiago y a ellos". Su ataque sorpresivo los llevó a las alturas de las primeras murallas, pero

los defensores los rechazaron. Entonces el denodado Juan Pizarro —al frente de sus hombres— repitió la embestida, cayendo ensangrentado. Por sobre su cuerpo los españoles siguieron avanzando y obligaron con su denuedo a retroceder a los incas hasta el interior de la fortaleza. Ante su temerario coraje cayó la primera de las tres torres. Fue entonces cuando Hernán Pizarro que había llegado en auxilio de su hermano, ordenó disponer de escaleras de asalto para la segunda torre, defendida con el máximo heroísmo por el comandante inca. Pero contra él y sus compañeros militaba un enemigo mortal, la sed. Cuando algunos de sus hombres hablaron de rendirse el valiente comandante se mostró inflexible. A sangre fría, armado de una espada que había arrebatado a los españoles, abatió a cuantos proponían capitular. Ante su fiero gesto todos sus soldados reanudaron la lucha hasta precipitarse por las almenas. Allí estos valientes encontraron la muerte hasta el último. Se refirió, cuando cesó la lucha, que los españoles trataron de capturarlo, pero lo buscaron infructuosamente. Había perecido en el feroz encuentro y su cadáver fue inútilmente buscado entre el arrume de muertos. Por fin, se le vio, ya solo, arrojar sus armas y precipitarse al abismo desde lo alto de la última torre. Con este acto de heroica autodestrucción terminó la epopeya de Sacsayhuaman.

Hoy Sacsayhuaman comparte la suerte apacible de tantos otros baluartes guerreros. Es, como los demás, un centro de excursiones muy frecuentado. Los domingos y días de fiesta, los habitantes de Lima y de otros lugares acuden en grupos a la vieja ciudadela en busca de un hálito de gloria y de esplendor de su glorioso pasado.

El coloso del mar Caribe

Desde remotos tiempos y en lugares muy distantes unos de otros, varios han sido los pueblos que han podido jactarse de obras monumentales que han desafiado el paso inexorable de los milenios o de los siglos que han pasado a la eternidad. Pero hasta el Siglo XIX la raza negra no poseyó algo de que pudiera vanagloriarse con motivo. Desde su advenimiento al mundo las gentes de color han sido víctimas propicias de la explotación de los países blancos. Ellos, que por su reciedumbre ayudaron a forjar el crecimiento de otros pueblos, aplícense a las más duras faenas, casi siempre en los más inhóspitos climas y ambientes, lograron, gracias a su férrea voluntad, a su resignación y a su espíritu de sacrificio, sobrevivir y expandir a todos los ámbitos su innata

alegría y ese folklor que ha contagiado a la humanidad de su música, de sus cantos vibrantes y apasionados y de sus bailes frenéticos y efervescentes. Ni siquiera en su africano territorio de origen hubo grandes palacios o templos artísticamente adornados o que fueran testimonio de un genio creador en edades pretéritas. No se elevó dentro de ellos, ninguna de las "Siete Maravillas del Mundo". Pero, ¿quién sabe?

Testigos mudos de la grandeza ajena, pareció por mucho tiempo que se resignaran a su aciago destino y a su impotencia frente al blanco, emprendedor y conquistador. Y para incrementar al máximo ese fatal destino, el descubrimiento de la vasta zona geográfica que se denominó "Nuevo Mundo", constituyó para ellos la más dura prueba a que se haya visto abocado pueblo alguno en su devenir histórico. Por centenares de miles —como si fueran ganados— los desarraigaron de esa península triangular africana que fuera su mundo, y encadenados para servir de esclavos en las plantaciones que debían surtir de productos de todo género al mundo mercantilista, empeñado en la más dura competencia por los mercados americanos y europeos. Sin adentrarnos en los infortunios que debieron sufrir, vale sí destacar, que su precioso concurso —requerido incesantemente— constituyó el eje fundamental para poblar extensas regiones de Norte y Suramérica, los archipiélagos del mar Caribe y todos aquellos lugares donde se desarrollaba la producción de bienes de consumo, así como la construcción de vías, fortificaciones, templos, ciudades y puertos.

Consecuentes con el objetivo que persigue este ensayo, es el caso de concretarlo a la isla de Saint-Domingue, que desde cuando fue incorporada a la geografía del mundo americano comprendió dos zonas de influencia colonizadora: española y francesa y eventualmente inglesa y estadounidense, por circunstancias propias de su desarrollo histórico. Con justicia fue considerada por un tiempo y por ser la más rica de las colonias de las Indias Occidentales, como la "Perla de las antillas". En 1795, por hallarse formalmente definida la característica colonial de las dos zonas de influencia, nació oficialmente la República Independiente de Haití, a través de una revolución efectuada por los negros, que cercenó de Santo Domingo toda su parte occidental. Este movimiento de las gentes de color en procura de su independencia, coincidió y no circunstancialmente con la Revolución Francesa, cuyo eco de libertad, atravesando los mares, llegó hasta la "Perla del Caribe". Fue alma de este movimiento Toussaint Louverture, que aprovechando el desconcierto político porque

atravesaba Francia, alcanzó la victoria, convirtiéndose en su primer gobernador y a renglón seguido, su emperador. Fue su colaborador en la gesta emancipadora, otro caudillo negro - Henry Christophe que a palo seco había aprendido sin vacilar su profesión de albañil. Este último era de talla gigantesca, agradable exterior y excelentes modales. Se había guardado hábilmente de participar en la primera sublevación y prefirió seguir observando y aguardando a que las cosas madurasen. Cuando consideró llegado el momento propicio se adhirió a la revuelta contra los franceses, con la irrevocable decisión de expulsarlos de Haití. Este hecho se produjo después de una encarnizada contienda en que los ejércitos franceses diezmados no sólo por los insurrectos sino por las enfermedades, abandonaron la isla para no volver, a fines de 1803. Entre tanto acontecimientos imprevistos abrieron poco a poco el camino a las aspiraciones de Christophe. Toussaint Louverture, engañado por las falsas promesas del emperador de los franceses, cayó en la red que éstos le tendieron y fue recluido en una prisión en donde terminó el resto de su vida. Fue reemplazado en el mando por el generalísimo negro Jean Jacques Dessalines, que proclamó la independencia el 1º de enero de 1804, en que simultáneamente fue elegido emperador. Algún tiempo después fue asesinado por sus enemigos internos y con él desapareció el último escollo que le cerraba el camino a Christophe. Sin embargo, su momento histórico no había llegado aún. Un nuevo rival -Petion- que militaba al frente de los mulatos que ocupaban y dominaban a cabalidad el sur del país, fue elegido gobernante y al frente de su ejército se enfrentó a Christophe a las puertas de Port-au-Prince, obligándolo sin combatir a modificar sus planes y a emprender su regreso al norte, con la sorpresa para todos los observadores, de que el caudillo negro cedió, sin combatir a su rival de turno. No se ha podido establecer con precisión la razón de su actitud en este momento crucial de su carrera política. Prefirió y lo llevó a efecto, permanecer inactivo, quizás en espera de otra oportunidad. A renglón seguido, para fortalecer su posición, se hizo proclamar por sus seguidores como el rey Henry 1º.

Extraña y tal vez única en la isla y en todo el conjunto del archipiélago del Caribe fue la personalidad de Christophe. En el espacio de un año, de 1797 a 1798, subió de camarero y administrador de hotel a estratega de alto rango. Luchó contra los soldados del gobierno, contra los ingleses, los españoles y las tropas de Napoleón, y los derrotó a todos. Así fue como al cabo de siete años, salvajes y turbulentos, de contiendas ininterumpidas, pudo por fin retirarse a descansar, colmado de hono-

res y como victorioso monarca. Pero, caso también por demás extraño, tres años después la misteriosa chispa que ardió en él se extinguió para siempre. Su mente comenzó a ser presa de la obsesión de que los franceses habrían de regresar y que por tanto era indispensable construir una poderosa ciudadela que protegiera la independencia y la vida de su pueblo. Sin embargo, después de aquel dinamismo de que había hecho gala, vino el estancamiento y la persistente idea del peligro. Lo que concibió su mente acalorada es algo que bien vale reseñar con algún detenimiento, pues se trata de una obra de gigantescas proporciones y de una modalidad, quizás caso sin igual en el historial de las grandes fortalezas que ha ideado la humanidad. Todos aquellos que la han frecuentado bajo el imperio de la curiosidad, coinciden en denominarla como el "Castillo del Barco de las Nubes".

Preso Christophe de su obsesión y enfermo también de manía de grandezas, pensó desde la primera piedra de los cimientos, en hacer brotar del suelo la "Octava Maravilla del Mundo", merced a la sangre y sudor de los trabajadores forzados negros, como un símbolo de la libertad de su raza. Así fue surgiendo la poderosa mole, que a no dudar constituyó un verdadero castillo feudal, al que oficialmente designó como "La Ferrière, pero que popularmente se le conoció simplemente como la Ciudadela".

Aquel que cruce a lo largo de la costa norte de Haití, no puede dejar de verlo y sentir la impresión de que tamaña empresa no fue acometida por manos humanas. Más bien podría pensarse en un loco capricho de la naturaleza, en un engendro petrificado de la humana fantasía. Como por sortilegio, la agresiva figura pétreo fue surgiendo del abismo en dieciséis años, bajo el terror y la amenaza de castigos inhumanos, desde las primeras horas de la mañana hasta el ardiente sol del atardecer. Así pareció vengarse el aprendiz de albañil de los golpes recibidos en su niñez, sacando del suelo la obra arquitectónica más ingente del mundo. Sus dimensiones son fantásticas. Las murallas se elevan, desde la cima de la montaña hasta las últimas almenas, en una altura que va entre treinta y cuarenta metros, con un espesor hasta de diez. El fuerte, diseñado en forma de barco y orientado hacia el polo norte magnético, mide doscientos metros de longitud por ciento cincuenta de anchura. En algunos sectores alcanza una altura de ochenta y siete metros. Admitiendo que un agresor hubiese conseguido abrirse paso hasta el pie de la fortaleza, no habría podido lanzarse al asalto de ella, pues los muros forman una prolongación artificial de las escarpadas paredes del monte, que defendidas, serían prácticamente inexpugnables.

La artillería de aquel "barco en las nubes" era más numerosa y potente que las baterías de cualquier fragata. Consistía en 365 cañones, o sea uno por cada día del año, montados uno por uno en un recinto aparte.

El transporte de cada cañón implicó el penosísimo trabajo de varios días de muchos hombres. En raros artefactos ascendieron a lomo de negro desde los puestos de introducción hasta coronar la altura. Entre las muchas cosas que siguieron tan dolorosa ruta no podría olvidarse la mesa de billar de su majestad que se anidó —por decirlo así— en la pétreo fortaleza, por constituir el pasatiempo predilecto de su majestad. Las cifras alucinantes sólo adquieren sentido cuando se conocen los fantásticos proyectos que bullían en la mente de este hombre asaltado de continuo por el temor y la desconfianza. Pretendía que su nido de águila, llegado el caso, pudiera alojar en el castillo a la mayor parte de su pueblo, y sostener un asedio, así se prolongara por varios años, tras la muralla erizada de cañones de la "La Ferrière". Miles de balas de cañón de todos los calibres y centenares de sacos de pólvora aseguraban las municiones suficientes. Una enorme cisterna para recoger agua de lluvia debía hacer invulnerable la fortaleza a la terrible plaga de la sed y un complicado sistema de conducciones podría distribuir el líquido a través de los espesos muros, por todos los sectores del monstruoso ingenio. En las grandiosas bodegas se hallaban acumuladas provisiones calculadas para sustentar 15.000 personas durante un año. En lugares adecuados se hacinaban millares de sacos de café, trigo, arroz y sal, que eran revisados constantemente y reemplazados si se estropeaban.

Por una ironía que jamás pudo prever la mente enfermiza de Christophe, ningún enemigo jamás amenazó desde lugar alguno el mundo del déspota. Su único y verdadero adversario fue la misma ciudadela, destinada a proteger este mundo olvidado de los hombres de color, negros y mulatos. El destino pondría de manifiesto la fragilidad de todos los humanos proyectos. Ni un solo mosquete de "La Ferrière" disparó jamás contra un enemigo. Ningún soldado sitiado abrió un saco de la férrea ración. A ningún herido se le suministró medicamentos porque nadie recibió impacto del adversario.

En 1820, año décimo séptimo de su elevación al trono, un repentino ataque de parálisis hizo que todos los proyectos y sueños de Henry Christophe reventasen como una burbuja de jabón. Los favoritos, cortesanos y guardas de corps desertaron y abandonaron el inmenso baluarte, donde permaneció rodeado únicamente de su familia y de unos pocos leales.

Y “La Ferrière”, ¿el sueño de su vida?. Alto, imponente, invulnerable, siguió recatándose hasta las nubes. Y el parálítico, ante la soledad que le rodeaba, tuvo al menos el valor de reconocer su fracaso y echando mano a su pistola se atravesó el cerebro con una bala de oro.

Al convertirse en lugar de turismo para saciar la curiosidad humana, la férrea fortaleza —después de cien años de su erección— está restituyendo poco a poco —dólar a dólar— el legendario tesoro que Christophe había enterrado en el castillo.

“Esplendor y miseria de las gigantescas fortificaciones modernas”

Sin que tal vez Thomas Hobbes, (1588-1679), notable filósofo inglés, fuera el único que advirtiera al mundo “que el hombre es un lobo para el hombre”, bien vale por consiguiente remontar el vuelo poderoso de la imaginación al remoto pasado, cuando una nueva especie de animales se incorporó a las que poblaban ya el mundo brumoso del paleolítico, aportando nuevos elementos de capacidad que habrían de asegurarle la supremacía sobre todos los seres que moraban en el planeta tierra: portentosas manos prensiles, cerebro voluminoso, posición vertical y capacidad de poder emitir un lenguaje articulado. Con el tiempo habría de catalogárseles entre los mamíferos del orden de los primates.

Esos primeros representantes de la nueva especie poseían desde un principio el bajo instinto de acometer y despojar al vecino y éste procuró obviamente defenderse contra él. Esta extraña modalidad habría de caracterizar por siempre la trayectoria de su destino —con fatídica precisión y seguridad— gracias al desarrollo constante de su privilegiado cerebro, que le ha permitido idear los más refinados medios de destrucción y aniquilamiento.

Esta perenne amenaza debería incrementar de continuo el congénito miedo que acompaña al hombre —desde el instante mismo de su aparición en ese medio hostil y sombrío que le circundaba— y del que habrían de surgir progresivamente las brutales realidades del ataque y la defensa. Necesariamente el humano espíritu fue agudizándose en la notable ambición de aguzar el ingenio necesario del uno para superar la inventiva del otro.

Los frutos de la experiencia se han venido intercambiando y cristalizando en tradición. Y en este eterno suceder de violencia nuevos implementos de destrucción han venido reemplazando a los ya desuetos de ayer, bajo el influjo poderoso de las nuevas técnicas de destrucción.

En el curso de este ensayo se ha tratado de vincular las incidencias de la política, de la economía y del ingenio humano, en aquellos lugares que por su particularidad ofrecen campo más propicio para juzgar lo acaecido en un vasto período de tiempo transcurrido. Más sin embargo, la idea primordial siempre ha pretendido ser la construcción de las defensas para albergar el miedo y el fantasma de la tragedia. Pero ante la imposibilidad de extender más aún el campo de la apreciación, ya para terminar —y cumplir apenas en parte el programa trazado— los desarrollos que se tratan a continuación se concretarán exclusivamente a dos de las fortificaciones más impresionantes de la era contemporánea.

Para que sus construcciones defensivas no pecaran de insuficiencia, al enfrentarse con la realidad, se procedió a dotarlas de la suficiente anchura naciendo a partir de entonces la que habría de llamarse "línea de defensa" en diversas regiones del mundo.

En la Europa de nuestros días, pese a que los franceses sienten debilidad por el amor y los placeres de la mesa, siempre se han manifestado dispuestos a invertir una buena parte de su riqueza en la seguridad nacional. Esta tendencia fue más que nunca manifiesta en el famoso siglo de Luis XIV, cuando este notable monarca acogió con beneplácito las teorías de su ingeniero militar —Sebastián Lepreste, más tarde visconde de Vauban— Tan ingenioso experto en la ciencia del detalle, llevó el arte de la construcción de fortificaciones a niveles jamás alcanzados y que servirían de modelo a las épocas posteriores. Su fama que corre pareja con la aspiración de invulnerabilidad a que conduce el miedo congénito de la raza humana, al difundirse por el mundo de occidente como fresco vientecillo, alcanzó especialmente en Francia una sensación de seguridad que fue ahondándose a medida que se sucedían las nuevas generaciones, hasta convertirse en una tradición nacional, a juzgar por su proverbio: "Ciudad sitiada por Vauban es ciudad conquistada; ciudad fortificada por Vauban, es ciudad inconquistable". Este peligroso fuego fatuo que deslumbró por mucho tiempo la mentalidad francesa, llevó al país al borde del abismo.

En efecto, un sargento cuyos méritos lo elevaron desde su categoría de suboficial a las más altas jerarquías políticas, ascendió

por fin a una muy destacada posición al ser nombrado como ministro de guerra. Pero este hombre, estudioso y metódico, fue para infortunio de sus compatriotas, el encargado precisamente de inducir al gobierno a llevar a la práctica los planos de una línea fortificada —invulnerable— que el estado mayor y los altos medios gubernamentales venían preparando cuidadosamente para apaciguar el miedo y la desconfianza que aquejaban al pueblo francés, después del desastre de 1870, que culminó en Sedán. Este sargento, de apellido Maginot, con cuyo nombre habría de designarse la famosa fortificación subterránea que representó y encarnó entonces la más extraordinaria posición defensiva, nunca antes ideada, indujo al presidente Tardieu a desechar el clamor de la oposición que encabezaban Briand, los socialistas, el General Charles De Gaulle y muchos otros.

Cuatro años y una infinidad de miles de millones se tragó esta obra inconmensurable. Su extensión rebasó una longitud de 314 kilómetros ceñida a la frontera alemana, entre Belfort y Montmedy.

Este ambicioso plan defensivo no sólo no conseguiría el propósito perseguido, sino que contrariando a sus promotores, logró a cabalidad neutralizar el valor militar de los guerreros francos y del pueblo en general, por la inexcusable debilitación de las defensas interiores, de las operaciones independientes de una flota aérea y de los emplazamientos de artillería antitanque y antiaérea. Además, a Francia la arruinó moralmente la confianza que depositó en la Maginot, pues a su espíritu bélico tradicional sucedió el concepto pasivo de la defensa detrás de los atrincheramientos.

Para garantizar aún más sus fronteras, amplió la línea tanto hacia las zonas limítrofes con Suiza y Bélgica, pero en ningún caso tan potencial como el tramo central. Fatalmente, y pese a que la charnela sur se apoyaba en las montañas del Jura, la norte, ostensiblemente el miembro más débil de la cadena, invitaba, sin reato, a intentar allí la ruptura. Además se reforzaron y modernizaron el cinturón fortificado tradicional de Belfort a Toul, con inclusión de Verdún como posición de choque y segunda línea en el interior del país. Todavía se pensaba entonces en los ataques frontales en masa del conflicto anterior. En su mayor parte la Maginot fue edificada bajo tierra, a imitación del topo, y sus grandes fuertes penetraron de cincuenta a setenta metros, exigió un desplazamiento de tierras de 750.000 metros cúbicos, en promedio.

Los británicos, amigos de asesorarse en números, calcularon el costo en dos millones de libras esterlinas por milla (al cambio

de cinco dólares por libra), es decir en cincuenta millones de pesetas por cada 1.600 metros. A gran distancia de los llamados "ouvrages", verdaderas ciudades subterráneas, corrían túneles con trenes eléctricos. Había además depósitos de municiones soterrados, salas para las guarniciones y centrales de suministros de agua y electricidad. Ascensores subterráneos podían transportar sin peligro alguno municiones a las piezas de artillería de superficie.

Sin entrar en mayores detalles —pues son muchos— el pueblo, el gobierno y las huestes militares consideraban la Maginot como un escudo protector semejante talvez al de la tortuga, en el que podían confiar plenamente.

Para concluir, el servicio no era precisamente duro, pero sí terriblemente monótono, en este gigantesco ingenio que disponía de sala de artillería, sala de infantería, sala de radio, cámara de ventilación, instrumentos de ventilación, armario, botiquín, aparatos de radio y control telefónico de infantería.

Pero, como otras infortunadas fortificaciones, jamás se reutilizaron contra esta poderosa ciudadela, acciones ofensivas, ni siquiera cuando se luchó ya en el norte de Francia.

Pues bien: el ejército alemán invasor no embistió de frente. En solo cuatro días dejó fuera de combate a Holanda y en dieciocho a Bélgica. Hacia la primera mitad de junio de 1940 el frente se desplazó de norte a sur, en dirección a la ciudad Luz. Olímpicamente ignoraron La Línea Maginot. El día 15 exactamente cayeron Verdum y París, con lo cual se situó a espaldas de aquella, en las posiciones de reserva. Dos días después las vanguardias alemanas habían alcanzado el río Doubs sobre la frontera Suiza, completando así el cerco total de la famosa línea.

En la fabulosa fortaleza subterránea permanecían aún 300.000 soldados franceses, bien armados y abastecidos, en posiciones reputadas inexpugnables. Cuando recibieron por radio la orden francesa de rendirse, se imaginaron que se trataba de una estratagema del enemigo, un ardid de los alemanes, que trataban de apoderarse de la Línea, sin disparar un tiro.

La muralla del Oeste

Desde el lago Constanza —formado por el Rin— entre Suiza, Austria y Alemania, hasta la frontera holandesa, la construcción de esta muralla la iniciaron los alemanes en 1936, con la inten-

ción de prolongarla hasta el mar del norte, operación que tuvo efecto después de estallar el segundo conflicto mundial. Pero como no obstante su recuperación económica, Alemania no disponía de los recursos suficientes para realizar una fortaleza en profundidad como la Línea Maginot, debió trazar su Línea adaptada más elásticamente a las exigencias de la guerra moderna acorazada, con la intención de procurar más eficacia a menor costo. Así su fortificación estaba más articulada en profundidad con objeto de formar las llamadas zonas de barrera de muchos kilómetros cuadrados, tanto en previsión de ataques de carros como aéreos. Su longitud alcanzó 850 kilómetros por 50 de profundidad. Se apoyaba principalmente en reductos de cemento y obras blindadas que, aprovechando el relieve del terreno, se dispusieron en escalones debidamente camuflados, para complementar así su capacidad de ruego mutuamente. En síntesis, cada casamata constituía una unidad autónoma de combate. El número de aquellos reductos alcanzó la cifra de 20.000.

Este dispositivo mereció comentarios como los que se reproducen a continuación: "Es fuerza convenir con los especialistas alemanes que la línea de fortificaciones puede considerarse inexpugnable con los recursos de que dispone actualmente la técnica bélica". Otro comentarista añadió: "Incluso un ataque efectuado con los medios más potentes fracasaría, a pesar de los mayores sacrificios de vidas humanas, bajo el fuego masivo de las armas de defensa". Los suizos, a pesar de ser parcos en sus apreciaciones y comunicados, dejaron oír sin embargo un exaltado entusiasmo: "La zona renana es una única fortaleza gigantesca, como no existe otra igual...".

En 1945, ya para concluir el invierno, llegó la hora de prueba, o sea la hora de la verdad como suelen designarla los toreros españoles, los momentos que preceden a la suerte peligrosa y dramática de la muerte del astado.

Los hechos históricos, en el lenguaje escueto y preciso de los acontecimientos bélicos, hablaron de por sí: "El 8 de febrero de 1945 comenzó la preparación artillera. Unidades británicas, sobre todo regimientos canadienses atacaron entre el Mosa y el Rin. Los norteamericanos asaltaron los diques del Roer. El día 23 fue cruzado el río y dos días después cayeron las bases principales de la línea, las ciudades de Düren y Julich. La primera semana de marzo las siguieron München, Gladbach, Colonia, Crefeld y Treveris... Diez días más tarde quedaba rota la última resistencia organizada al oeste del Rin".

Así se sumieron irremisiblemente en las tinieblas del pasado, no sólo el Reich hitleriano, sino toda una época.

El General Eisenhower consignó en su libro titulado "La Cruzada de Europa: "La Muralla China, el Limes romano y la Línea Maginot, han perdido definitivamente, todo su valor defensivo". Otra muralla en la que confiaron mucho los alemanes, la del Atlántico, y que para mayor seguridad le fue confiada al Mariscal Rommel como supremo comandante de las fuerzas unificadas alemanas que cubrían la defensa en toda su extensión, apenas bastaron diez meses para conquistarla. En esta forma, mediante el formidable fuego de la artillería y el bombardeo sistemático aéreo cayeron derruidas y convertidas en escombros las dos líneas que envanecían el orgullo de los alemanes: la Muralla Atlántica sobre la costa europea, con posiciones llamadas claves, y la Muralla del Oeste, conocida como la Línea Sigfrido. Así quedó abierto y despejado el camino hacia Berlín, ya amenazado irremisiblemente por las huestes rusas del este.

Y para concluir, a raíz de la terminación del conflicto, los vencedores de las grandes fortalezas hicieron saber al mundo, que nuevas armas entre ellas la bomba atómica; la cohería de poder destructor inconcebible; las islas artificiales; las plataformas flotantes en el eter; las estaciones sidéreas o interplanetarias y las monstruosas concepciones químicas, habían convertido la otrora imprescindible fortaleza en algo parecido a los juegos infantiles.

BIBLIOGRAFIA

1. *Las Lecciones de la Historia* - Will y Ariel Durant. Editorial Sudamericana - Buenos Aires.
2. *El Capital* - Carlos Marx, resumido por Gabriel Deville. Méjico, D.F.
3. *Selecciones de prensa soviética.*
4. *La Ilusión de la Seguridad* - Egon Eis. Ediciones Omega S.A. Casanova, 220 - Barcelona.
4. *Marx - Su Legado.* David Melellan. Círculo de Lectores.

Hernando Gaitán Linares, Historiador, Miembro de la Academia Colombiana de Historia, asiduo colaborador en nuestra sección de historia: su valor y actualidad.



BIBLIOTECA CENTRAL "TOMAS RUEDA VARGAS"

- UBICACION** Escuela Superior de Guerra. Carrera 47 No. 81-50.
Santafé de Bogotá, D. C. - Apartado Aéreo No. 089717.
- HORARIO:** Lunes a viernes: de las 08:00 a 19:00 horas.
Sábados: de las 09:00 a 13:00 horas.
- USUARIOS:** Personal militar y civil en servicio activo de las Fuerzas Militares y del Gabinete del Ministerio de Defensa, los oficiales y suboficiales de la reserva, los alumnos de los Institutos docentes militares y las esposas e hijos del personal militar y civil en servicio activo y en uso de retiro.
- SERVICIOS:** Biblioteca:
- 1) Información por correspondencia y telefónica.
 - 2) Información bibliográfica.
 - 3) Servicio de fotocopiadora.
 - 4) Consulta local para todos los usuarios.
- Hemeroteca:
- 1) Revistas nacionales y extranjeras.
 - 2) Periódicos de las principales capitales del país.

TECNIMOTOR

MOTORES DIESEL Y PARTES



INTERNATIONAL
DT-466 -467 -468



CATERPILLAR
3208



MACK
315-350-675-676



PINCHER
8.2



CUMMINS
250-290-350-400

* BLOQUES * BOMBAS DE INYECCION * CIGUEÑALES
* INYECTORES * CULATAS * PISTONES * BIELAS
MOTORES COMPLETOS 7/8 3/4

CARRERA 16 No 7-62 ☎ 2837992- 2865627 FAX 2863183
SANTA FE DE BOGOTA D.C.
CARRERA 1 No 21-39 ☎ 817646 FAX 817413 CALI



MIGUEL MILLAN LTDA.



AUTOMOTORES SAN JORGE LTDA.

EN SU TRADICIONAL ESQUINA

CARRERA 13 No. 34-40
SANTAFE DE BOGOTA, D.C.-COLOMBIA

Sprint - Swift - Luv 2.300 - Luv 1.600 - Trooper
Samurai - NPR - Kodiak - Blazer - Cavalier

CONMUTADOR	285 17 00
GERENCIA GENERAL	245 47 84
GERENCIA DE VENTAS	287 15 09
REPUESTOS	287 16 18 - 232 59 50
SERVICIO	245 11 13

VENTA DE VEHICULOS	287 16 59 - 287 15 27
	287 15 46 - 287 16 74
	287 16 09 - 287 15 78
	245 58 12
CREDITOS Y COBRANZAS	287 16 27
FAX	287 16 07



CHEVROLET

CONCESIONAR
AUTORIZADO

